



Estudios sociales, tradiciones de lucha y movimientos de desocupados en Argentina: reflexiones teórico-metodológicas

Social studies, traditions of struggle, and unemployed movements in Argentina: theoretical-methodological considerations

José Benclowicz*

Recibido: 2 de octubre de 2020

Aceptado: 30 de octubre de 2020

Resumen: En este trabajo reflexiono sobre el lugar de las tradiciones de lucha en los estudios sociales, considerando los modos en que fue pensada la organización de los desocupados en general y atendiendo al caso de Tartagal y Mosconi (Argentina) en particular. ¿Por qué pareció novedoso el desocupado organizado? ¿Por qué los primeros estudios sobre esas localidades pasaron por alto las tradiciones de lucha de la zona? Abordo aquí estas y otras preguntas conexas y reflexiono sobre la necesidad teórico-metodológica de abandonar esquemas y supuestas leyes para poder acceder a la compleja red de interacciones que interviene para producir los acontecimientos sociales.

Palabras clave: Tradiciones de lucha; Movimientos de desocupados; Problemas teórico metodológicos; Redes de interacciones; Tartagal y Mosconi, Argentina.

Abstract: In this paper I consider the place of traditions of struggle in social studies, considering the ways in which the organization of the unemployed was thought in general, and taking into account the case of Tartagal and Mosconi (Argentina) in particular. Why did organized unemployed seem new? Why did the first studies on those localities overlook the struggle traditions in the area? I address here these and other related questions and reflect on the theoretical-methodological need to abandon schemes and supposed laws in order to access the complex network of interactions that intervenes to produce social events.

Key words: Traditions of struggle; Unemployed movements; Theoretical-methodological problems; Interaction networks; Tartagal and Mosconi, Argentina.

* IIDyPCa Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas/Universidad Nacional de Río Negro, Argentina. Correo electrónico: jd.benclowicz@gmail.com.



Introducción¹

El fin de siglo le obsequió al mundo académico un oxímoron argentino: los desempleados se organizaban primero en el interior del país, luego en el conurbano bonaerense, dando lugar a lo que poco después sería identificado como dos vertientes diferenciadas del movimiento de desocupados. Investigadores y tesistas de distintas regiones se acercaron a mirar de cerca ese inesperado fenómeno, en función del cual los expulsados del mundo del trabajo, los por definición desorganizados, quienes ocupan un no-lugar, etcétera, se organizaban. Al poco tiempo empezamos a contar con una variada literatura sobre el impacto del neoliberalismo y el ciclo de protestas vinculado a este último. Para el caso del Gran Buenos Aires se reconocieron tempranamente las evidentes continuidades del fenómeno con tradiciones organizativas previas, que hoy nos siguen conectando con prácticas diversas, disruptivas o no, como las tomas colectivas de tierras y las iniciativas de las agrupaciones de la denominada economía popular, entre otras. A partir del reconocimiento de la existencia de esas continuidades organizativas y de lucha, se criticó repetidamente la llamada visión espasmódica de la historia popular (Thompson, 1995). Los desocupados no reaccionaban mecánicamente ante la falta de trabajo y el incremento de la pobreza, lo hacían en base –y gracias a– esas tradiciones, ligadas a la gestión de las necesidades insatisfechas en el espacio barrial.

Pero lo ocurrido en las localidades petroleras del interior del país, donde se habían registrado las acciones de lucha más radicalizadas, fue pensado en general en clave de ruptura. Las asambleas populares masivas, los cortes de ruta y las puebladas aparecían como formas nuevas de organización y protesta, asociadas a unas necesidades también nuevas: las provocadas por el impacto de las medidas neoliberales, especialmente la privatización de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF).

¹ Agradezco a Fernando Aiziczon por sus comentarios críticos que me ayudaron a mejorar el texto (enfoque, planteos, yerros, etc., son de mi exclusiva responsabilidad).

El caso de Tartagal y Mosconi resulta particularmente interesante por la persistencia de los movimientos y la repetición de rebeliones populares masivas que ponían en cuestión el orden político vigente. Algo radicalmente nuevo parecía irrumpir en el escenario político y social. La asunción, a veces implícita y otras explícita, de la inexistencia de una tradición de luchas significativa en la zona, se asoció a una doble creencia: por un lado, se aceptaba contra la evidencia, disponible para quien quisiera relevarla, la idea de la existencia de un Estado benefactor que, basado en los recursos y la política de YPF, habría garantizado –al contrario de lo ocurrido en el gran Buenos Aires– la satisfacción de las necesidades de la población hasta su privatización. No había pues condiciones “necesarias” para el desarrollo de tradiciones de lucha. Esto, sumado a la identificación de la cultura política salteña como esencialmente conservadora, reforzaba el carácter novedoso del fenómeno piquetero en Tartagal y Mosconi.

Y el fenómeno efectivamente fue novedoso, aunque no exactamente por los motivos esgrimidos, ya que no existió un Estado de bienestar en la zona –¿acaso existió a nivel nacional?–, ni la sociedad salteña era o es esencialmente conservadora y no lo son –ni lo fueron– las comunidades del norte de la provincia.²

Esta doble creencia, repetida una y otra vez en la literatura política y académica, fue aceptada omitiendo la indagación sobre unas tradiciones de lucha que, contra todas las suposiciones, encuentran expresiones múltiples y tempranas en la historia de la zona. De ahí que el caso resulte particularmente pertinente para reflexionar sobre el lugar de las tradiciones de lucha en los estudios sociales. Desde la perspectiva que adopto aquí, las tradiciones de lucha pueden constituir una pieza relevante en la explicación de los acontecimientos de masas y su examen incluye aunque excede ampliamente la identificación de reivindicaciones que persisten

² En el presente ensayo recorro a los resultados de la investigación que desarrollé en su momento sobre Tartagal, Mosconi y la emergencia del movimiento de desocupados, reflejados ampliamente en formato de libro (Benclowicz, 2013); asimismo, parte importante de las explicaciones e indagaciones pueden encontrarse también en Benclowicz (2011a y 2011b), entre otras publicaciones.





en el tiempo y de continuidades –sujetas a adaptaciones y transformaciones– en las formas de organización y confrontación. Éstas son más bien expresiones de ese entramado cultural complejo y dinámico que son las tradiciones de lucha.

Lo dicho hasta aquí invita a pensar críticamente la forma en que historiadores, sociólogos y el resto de los científicos sociales llevamos adelante nuestras investigaciones. ¿Por qué pareció tan novedoso el sujeto desocupado organizado? ¿Por qué los primeros trabajos sobre el tema pasaron por alto las tradiciones de lucha presentes en esa “cuna” del movimiento piquetero que fueron las localidades de Tartagal y Mosconi? ¿De qué tradiciones se trata y de qué manera conectan con el pasado reciente? ¿Cómo se vincula lo anterior con la creencia en la existencia de un Estado benefactor? ¿Qué aspectos de los fenómenos sociales habría que considerar especialmente a fin de construir una aproximación adecuada de la realidad que se pretende comprender? Estas preguntas, que oscilan entre lo general y lo particular en un intento por trascender lo puntual sin caer en la pura especulación, son las que pretendo abordar en estas líneas. Lejos de proponer un abordaje teórico-metodológico determinado, planteo la necesidad de abstenerse de reducir la inabarcable complejidad de lo real a unos cuantos esquemas más o menos sofisticados. Sigo aquí a Feyerabend (1984), cuando señala que

podemos enumerar métodos empíricos, aducir ejemplos históricos; usando estudios de caso podemos intentar demostrar la inherente complejidad de la investigación y preparar así al científico para la ciénaga en que va a penetrar. Tal procedimiento le dará una idea general de la riqueza del proceso histórico en que él quiere influir; le animará a dejar atrás cosas infantiles, como la lógica y los sistemas epistemológicos; le ayudará a pensar en derroteros más complejos, y esto es todo lo que podemos hacer, dada la naturaleza del material (p. 21).

En esa línea, reflexiono sobre la necesidad teórico-metodológica de abandonar esquemas y supuestas leyes para poder acceder a esa com-

pleja red de interacciones que interviene para producir los acontecimientos sociales. Veremos pues, que nos puede decir el caso de Tartagal y Mosconi sobre esto. Pero antes, conviene revisar el lugar que han ocupado tradicionalmente en los estudios sociales aquellos protagonistas de las puebladas y cortes de ruta, los desocupados.

Las luchas de los desocupados en la historia del siglo XX

La representación de los desocupados como sujetos pasivos ha sido tan influyente en los estudios académicos como resistente a la evidencia empírica. Pensados en el mejor de los casos como víctimas de las injusticias del capitalismo a quienes debía ampararse o bien como un peligro para el movimiento obrero que era preciso conjurar, los desocupados en tanto tales han tendido a ser negados como partícipes activos en el escenario contemporáneo, excepto para ser vestidos con las poco ilustres prendas del lumpenproletariado. Fuera de este tipo de agencias de carácter negativo, puede decirse que para finales del siglo XX existía algún consenso en las ciencias sociales a propósito de la representación pasiva del desocupado. Tan sólo un año antes de la rebelión popular que terminaría considerándose partera del movimiento piquetero en la Argentina —me refiero a la pueblada de Cutral Co y Plaza Huincul de 1996—, Pierre Rosanvallon (1995) refrendaba desde el campo historiográfico aquella creencia según la cual la organización de los desocupados es imposible.³

Algo después, también Pierre Bourdieu (1999) consideró el fenómeno como un acontecimiento excepcional y extraordinario; mientras tanto, localidades como General Mosconi o La Matanza empezaban a recibir a los primeros contingentes de turismo político-social-académico.

³ Hace algunos años atrás, en el contexto de una conferencia que brindó Rosanvallon en la ciudad de Bariloche, tuve la suerte de ser invitado para comentar su obra a modo de presentación y me tomé el atrevimiento de preguntarle qué pensaba de aquella afirmación a la luz de los acontecimientos posteriores. Lamentablemente, Pierre no respondió.





Y sin embargo, aunque menos frecuentes, los movimientos de desocupados no son novedosos en la historia contemporánea. La crisis del '30 los vio desarrollarse en buena parte de Europa y en Estados Unidos; e incluso antes, tras la Gran Guerra, el *National Unemployed Workers Movement* daba sus primeros pasos en Inglaterra. Su importancia no fue menor en cuanto a perdurabilidad ni en cuanto a influencia: casi dos décadas de luchas le aseguraron un lugar entre la clase obrera británica, que transmitió su solidaridad con las legendarias *Hunger marches* más allá de la condición de ocupación y de lealtades políticas. En Argentina, de hecho, como es conocido aunque pocas veces recordado, las primeras grandes movilizaciones de la historia del movimiento obrero giraron en torno a los desocupados. Aún antes de la creación de la Federación Obrera Argentina (FOA), las protestas de desempleados que poblaban el escenario de la época quedaron tempranamente retratadas en el famoso óleo de Ernesto de la Cárcova *Sin pan y sin trabajo*, de 1894. De manera similar a lo que ocurriría un siglo después, incluso cuando las primeras luchas gremiales retrocedían al calor del incremento del desempleo, se organizaban asambleas y movilizaciones de miles de desocupados (Oved, 1978: 77, 126, 238). Impulsadas por anarquistas y socialistas, las acciones de los desocupados ocuparon un lugar destacado en los prolegómenos la fundación de la FOA y la primera huelga general en 1902, entre otros hechos organizativos centrales en la historia del movimiento obrero argentino.

Podría argumentarse sobre el carácter transitorio de la condición de desocupado y la corta duración de las organizaciones que lo tienen por protagonista, lo cual es sólo parcialmente correcto. Es cierto que en la mayoría de los casos las acciones de los sin trabajo no dan como resultado la emergencia de organizaciones duraderas, ¿pero acaso no ocurre lo mismo con las acciones obreras en general? ¿Cuántos fracasos organizativos pueden registrarse hasta que alcanzamos a observar una agrupación con cierta estabilidad a lo largo del tiempo? Obviamente, así como para que exista un sindicato se requiere de trabajadores que desarrollen

cierta actividad de forma continuada, para la existencia de las agrupaciones de desocupados deben registrarse ciertos niveles de desocupación persistentes a lo largo de un período determinado. En la Argentina de las primeras décadas del siglo XX, el carácter estacional del trabajo rural, que ocupaba un lugar destacado, las fluctuaciones en la demanda de productos primarios en el mercado mundial y su impacto diferido en los movimientos migratorios provocaban la alternancia de períodos de alta y baja ocupación de la mano de obra, que gravitaban negativamente sobre las posibilidades de creación de organizaciones de desocupados, además de condicionar la propia acción de los gremios (Pianetto, 1984). En la Inglaterra de postguerra, en cambio, donde surgieron los primeros movimientos de desocupados, la persistencia de una tasa elevada de desocupación se había transformado en un fenómeno permanente. Se trata, con todo, sólo de parte de las condiciones necesarias. Las tradiciones de lucha constituyen otro elemento significativo sin el cual este tipo de movimientos difícilmente tendría lugar. Éstas aportan no sólo un saber-hacer dinámico indispensable, ofrecen también identificaciones e identidades. Y sin embargo, no son armaduras disponibles para actores dispuestos a luchar; caballeros sin trabajo no aparecen en cualquier momento ni en cualquier lugar. Pero cuando aparecen, nos plantean el doble desafío de aproximarnos a la compleja trama que hizo lugar a su irrupción y de revisar los supuestos que arrojaban a la penumbra las experiencias de lucha y organización previas.

Los desocupados más allá de la teoría

Acaso invisible en las miradas sociológicas sincrónicas y en la historiografía centrada en las instituciones, las experiencias de organización de los desocupados también fueron desatendidas por los historiadores y sociólogos interesados por el mundo del trabajo. Influenciados en buena medida por la tradición marxista, aquellos actores que se suponía no for-





maban parte del sujeto revolucionario –el proletariado, si puede ser industrial, mejor– quedaron frecuentemente fuera del campo de interés académico. Invisibles en la sincronía cuando no se manifestaban explícitamente, y en la diacronía cuando no eran considerados relevantes, los desocupados organizados expulsados de la historia irrumpieron irreverentemente en la Argentina de finales de los años '90 para constituirse en un actor político clave, que contribuyó fuertemente en un acontecimiento sin precedentes en el país: a la vuelta del siglo, un gobierno electo poco antes por amplia mayoría era expulsado en el contexto de una rebelión popular incontenible. Nadie que repase la evidencia empírica podrá negar que la contribución del movimiento piquetero fue relevante en ese marco. Y sin embargo, no se trataba de trabajadores que ocuparan posiciones “estratégicas” (Womack, 2007). Acaso ningún sector ubicado en esas posiciones contribuyó sustancialmente a la crisis de hegemonía que se desarrolló por entonces.

Las organizaciones de desocupados conquistaron posiciones estratégicas al menos provisoriamente mientras conservaron la capacidad de interrumpir la circulación de mercancías y paralizar el país de manera mucho más efectiva que el movimiento obrero tradicional. Lo hicieron en un contexto de “oportunidades políticas” que explican sólo en parte el crecimiento de los movimientos, otra parte, acaso la más compleja de reconstruir, es la de las tradiciones de lucha que intervinieron aportando al saber hacer y a la identidad de éstos. La complejidad se asocia, en primer lugar, a la necesidad de recurrir a la imaginación, lo cual resulta muy difícil cuando se trabaja dentro de los rígidos esquemas de cualquier marco teórico. Es que el marco teórico habilitará un campo de visión donde los hechos podrán reconstruirse con nitidez, a expensas de desdibujar, ignorar o pasar por alto otros aspectos detectables capaces de alterar el fresco que elabora el investigador. El problema no es nuevo, claro está. Ya a fines del siglo XIX, Engels intentó resolverlo sumariamente asimilando las relaciones que aparecían como remotas o que resultaban difíciles de probar como casuales o accidentales, para luego pasar a considerarlas como

inexistentes (Engels, 1890).⁴ Más que resolver el problema, alentaba un doble salto al vacío, alimentado por esa fe positivista tan propia de época. En el primero, se asume que lo complejo de explicar o probar es producto de azar, de esa manera, los estudiosos pueden reposar en categorías de análisis conocidas, capaces de iluminar relaciones reconocibles en todo tiempo y lugar. En el segundo se termina de asentar el conocimiento sobre el pantano de la certeza apriorística: sin mayor justificación, se asegura que podemos hacer de cuenta que lo azaroso no está allí, nunca ocurrió, no forma parte de la realidad. El investigador obtiene así un manual para distinguir los “verdaderos” hechos históricos de los incontables datos existentes, sin advertir que el texto se basa en la fe antes que en la evidencia. En este sentido, Carr (1984: 14), consideraba que la “creencia en un núcleo óseo de hechos históricos existentes objetivamente y con independencia de la interpretación del historiador es una falacia absurda, pero difícilísima de desarraigar”.

Claramente, las tradiciones de lucha no forman parte de ese núcleo óseo ni se comportan como una ley natural, sin embargo están allí. El propio Engels admitía que la tradición “merodea como un duende en las cabezas de los hombres” y desempeña un papel, aunque no la considerara decisiva y eventualmente optara por expulsarla de la realidad (Engels, 1890). Y si las luchas de los desocupados han tendido a ser igualmente expulsadas, es justamente porque desentonan con las teorías diseñadas para explicar las luchas sociales bajo el capitalismo. La cantidad de variables que intervienen en la generación de los fenómenos sociales es tan grande que parece necesario adoptar un esquema que ordene el caos de datos disponibles. Y tal es la necesidad, que no es extraño que el esquema termine prevaleciendo sobre los datos. El desafío del investigador pasa a ser cómo encajar los hechos considerados relevantes en ese marco preestablecido, sólo que por entonces ya no hay ninguna investi-

⁴De acuerdo a Omar Acha (2013), fue en esta carta dirigida a Joseph Bloch que apareció por primera vez el término “materialismo histórico”, que condensa la idea de una teoría general de la historia, válida para todo tiempo y lugar.





gación que merezca ese nombre, sólo manipulación de datos al servicio del esquema adoptado, que nos indica en qué y cómo se debe pensar. Aceptamos por ejemplo que existe una “contradicción principal” entre capital y trabajo, y es en torno a ella que buscaremos/encontraremos datos. En cambio, si no privilegiamos de antemano el proceso de producción, muchos otros datos, antes inadvertidos o ignorados, emergerán. Incluso si el curso de una investigación específica sobre luchas sociales en América Latina indica que esa relación juega un papel central, sus dinámicas y sus actores pueden diferir de los que acostumbramos considerar en unas miradas cargadas implícitamente de un enfoque eurocéntrico. Así, las acciones de los sindicatos tradicionales rara vez son las únicas relevantes –y no son necesariamente las más efectivas– y los trabajadores informales y marginalizados pueden jugar un rol significativo en determinados contextos capitalistas (Van der Linden, 2019). El problema heurístico radica en que los datos que se presuponen relevantes terminan circunscribiendo los estudios sociales en torno a determinadas fuentes conocidas, lo cual conduce a los investigadores a confundirlas primero con todas las disponibles, luego a estas con las que fueron generadas, e incluso a las últimas con la propia realidad que las produjo (Ginzburg, 2007).

Así las cosas, parece ineludible “reensamblar lo social” (Latour, 2008), lo que implica dar cuenta de las múltiples conexiones de la realidad prescindiendo de la comodidad de relaciones previamente establecidas en la mente del investigador y de fuerzas sociales que se supone actúan siempre. El *assemblage* resultante debería ofrecernos una aproximación específica al problema que intentamos abordar, que no excluye ni asigna de antemano prevalencias de ninguna especie. De hecho, la cantidad y cualidad de las agencias que interactúan no puede determinarse por fuera de la propia investigación; se trata justamente de descubrir esas agencias, examinar las mediaciones que las asocian y delinear la red de interacciones resultante. Uno de los hilos de la red que propone Latour nos conecta con Deleuze; otro, grueso aunque no declarado, nos conduce hacia But-

terfield, quien ya en 1931, usando como ejemplo los enfrentamientos en torno a la Reforma en el siglo XVI, apuntaba que es

mediante un laberíntico fragmento de una red que uno debería hacer el diagrama del curso a través del cual la libertad religiosa llegó hasta nosotros, dado que esa libertad llega a través de tortuosos caminos y nace de extrañas coyunturas, representa propósitos malogrados acaso en mayor medida que exitosos, y debe mucho más de lo que podemos saber a muchas agencias que tienen poco que ver con la religión o la libertad (1965: 26-27, traducción propia).

En esa línea, al abordar la cuestión de las tradiciones de lucha en un caso en particular conviene tener presente que ellas mismas forman parte de una intrincada red de elementos que se combinan casualmente o no. Todo lo relacionado con el asunto en cuestión debería verse con una mirada fresca capaz de atender no sólo a las relaciones sino también a los objetos inanimados cuya presencia o ausencia podría alterar la resultante. Aspectos que resultan triviales en una mirada condicionada por esquemas preestablecidos, pueden pasar a jugar un papel central. Latour plantea la necesidad de atender a cualquier mediación que pueda intervenir, igualmente, para Butterfield la historia “es un proceso que se mueve a través de mediaciones y esas mediaciones podrían ser aportadas por cualquier cosa en el mundo” (1965: 28, traducción propia).

En el caso de Tartagal y Mosconi no es menor, por ejemplo, que estas localidades se encuentren a la vera de una ruta internacional, la única que conecta en esta zona a la Argentina con Bolivia. Tampoco lo es la presencia de grandes depósitos de petróleo en las inmediaciones de las localidades. Estos objetos contribuyeron a que unos trabajadores desocupados ocuparan una posición estratégica que posiblemente no hubieran podido ocupar de otro modo, y que definitivamente no se puede deducir del papel que desempeñaban en las relaciones de producción. Claro que esa contribución no hubiese sido tal si esos actores no hubieran tenido la disposición a llevar adelante las acciones que llevaron adelante.





Tal disposición, ya sabemos, no nace automáticamente del deterioro de las condiciones materiales. Es en este punto en el que cobran relevancia las tradiciones de lucha. No unas tradiciones genéricas sino unas basadas en experiencias específicas de organización y enfrentamiento y asociadas a disputas repetidas e identificables.

El estudio de esas tradiciones contribuirá a construir aproximaciones plausibles sobre el desarrollo de los fenómenos de masas en cuestión, y no podrá avanzar más allá de eso. Y es que por más reensamble de lo social que hagamos, por más adecuada que parezca la reconstrucción que hacemos *ad hoc*, es preciso tener todo el tiempo presente que se tratará de una interpretación necesariamente incompleta e incapaz de dar cuenta de la realidad en toda su complejidad. No se trata de adoptar una mirada postmoderna, sino de terminar de asumir que “La historia [...] es siempre más rica en contenido, más variada de forma y aspectos, más viva y más ‘astuta’ de lo que se imaginan los mejores partidos, las vanguardias más conscientes” (Lenin, 1987: 414), y por si fuera necesario agregar, que los mejores académicos. La cuestión es que si no hacemos un esfuerzo por detectar contenidos singulares que permanecen ocultos ante una mirada estandarizada, los resultados obtenidos serán presumiblemente pobres. En esta línea, se requiere de una mirada atenta a indicios en apariencia menores que pueden resultar reveladores de fenómenos más amplios (Ginzburg, 1999). En particular, interesan aquellos elementos discordantes con el cuadro general, que siempre es un cuadro construido por el discurso académico y político. Si en lugar de considerarlos intrascendentes y descartarlos de modo que no incomoden estamos dispuestos a la tal vez menos eficiente pero mucho más interesante tarea de seguirlos, acaso encontremos algo verdaderamente significativo. Teniendo esto en cuenta, en el siguiente apartado abordo el tema del movimiento de desocupados y las puebladas en el norte de Salta atendiendo en especial a la cuestión de las tradiciones de lucha.

Las viejas tradiciones en el norte de Salta

¿Hasta dónde deberíamos remontarnos para comprender las luchas que se desarrollaron entre 1997 y 2001 en Tartagal y Mosconi? No se trata de minimizar aquí la incidencia del particular contexto de los años 90 en la Argentina, que incluye tanto el impacto de las políticas neoliberales como el ciclo de protestas que alentó. Pero estos factores irrumpieron sobre un terreno curtido de experiencias, y es en función de éstas últimas que asumieron una significación capaz de producir los acontecimientos de masas que tanta atención política y académica despertaron. En este sentido, podría invertirse la conocida fórmula sobre las “condiciones necesarias”. Puede pensarse que lo necesario aunque no suficiente son las tradiciones de lucha y lo que termina de aportar la química para la explosión es el contexto. Visto así, las tradiciones de lucha tienen, en todo caso, el mismo estatus de necesidad que los demás elementos, aún cuando no sean variables cuantificables ni fuerzas objetivas.

Tartagal y Mosconi son dos localidades petroleras ubicadas en el norte de Salta, fuertemente afectadas por la privatización de YPF, que sorprendieron a la opinión pública en general y también a la académica y política al irrumpir en la tapa de los diarios nacionales. Esto ocurrió en diversas oportunidades entre 1997 y 2001, cuando se convirtieron en escenarios de duraderos y masivos cortes de rutas, represiones cruentas seguidas de grandes puebladas y asambleas que improvisaron mecanismos de democracia directa, imponiendo diversas condiciones, incluyendo el desplazamiento de las autoridades electas bajo intachables mecanismos de la democracia representativa. Una hipótesis plausible sobre estos acontecimientos, planteada en los primeros trabajos sobre el tema, fue que se trataba de la irrupción de formas de organización y lucha novedosas para unas localidades y una provincia básicamente conservadoras, impactadas por los efectos del desmantelamiento de ese “Estado de bienestar” operante especialmente en regiones donde YPF jugaba un papel central.





Plausible, razonable y coherente, aunque falaz. La primera evidencia que encontré en este último sentido está relacionada justamente con la existencia de un proceso de luchas y organización en rechazo de la privatización de la petrolera estatal que alcanzó, a diferencia de lo ocurrido en otras regiones del país, un desarrollo significativo. En el marco de ese proceso, ya se habían desplegado las formas organizativas y de lucha consideradas posteriormente novedosas. Así, en 1991 en Tartagal se registró la primera pueblada a nivel nacional con corte de ruta y asambleas populares en contra de la privatización de YPF. Las acciones de lucha quedaron aisladas en la zona y la cuestión pasó al olvido, pero su existencia refutaba la supuesta novedad y ponía en cuestión el carácter social conservador indiscutido hasta ese momento. Los efectos socioeconómicos de las políticas neoliberales aún no se habían desencadenado, y la privatización de YPF era impulsada por el gobierno nacional y apoyada por el provincial y por la dirección sindical, todos peronistas. Así las cosas, parece difícil explicar cómo esos trabajadores conservadores habían protagonizado una pueblada en 1991.

Cuando E. P. Thompson (1989) nos invita a mirar más allá de los últimos años del siglo XIX para comprender la formación de la clase obrera en Inglaterra, no es para minimizar la conocida influencia de la doble revolución, –la Francesa y la Industrial– sino para examinar elementos pre-existentes ineludibles que se activaron y resignificaron entre los trabajadores ingleses que les tocó vivir en ese nuevo contexto. No se trata de tradiciones que se puedan deducir de las relaciones de explotación a las que se encontraban sometidos los sectores populares urbanos en general, se trata de tradiciones específicas del pueblo inglés, rastreables hacia atrás por más de un siglo. Entre ellas, Thompson destaca tres: la tradición de disidencia religiosa, la asociada a la idea del “derecho por nacimiento” y la de la multitud, vinculada a una “economía moral”. Aunque ésta última pueda pensarse como clasista –y conservadora– las tres nos remiten a pensamientos y acciones compartidas a nivel comunitario por diversos sectores sociales, que persistieron subterráneamente y contri-

buyeron a la posterior capacidad de organización, lucha, radicalización, y al democratismo obreros.

En el norte de Salta, si miramos más allá de la segunda mitad de los años '90, encontramos un conjunto de experiencias que, desarrolladas al calor de sus propios contextos y pasados, permiten identificar una dilatada tradición de luchas que convive y se enfrenta a los rasgos conservadores más conocidos de la sociedad salteña en general, incluyendo al peronismo tradicional predominante entre los trabajadores. Así, las luchas de 1991 contra la privatización de YPF pueden pensarse como un mojón que nos conduce a sendas confrontaciones antes y después del restablecimiento de la democracia en 1983, rastreables con bastante precisión porque se manifiestan las mismas identidades políticas asociadas a la izquierda e incluso intervienen los mismos actores. Se trata de una trama identitaria y política que puede considerarse una tradición subterránea integrante de ese fragmento de la red que interesa iluminar, que atraviesa también las radicalizadas décadas del '60 y '70, e incluso la del '50. En ese medio siglo que precedió a la emergencia del movimiento de trabajadores desocupados y de las puebladas célebres en Tartagal y Mosconi, se ensayan y despliegan los formatos de protesta y organización que fueron considerados novedosos en los '90s. La trama es lo suficientemente vigorosa como para que hacia 1968 la mayor parte del movimiento obrero regional adhiriese a la combativa CGT de los Argentinos, e incluye antes y después de eso tomas de edificios públicos, ollas populares, cortes de vías de circulación y hasta la toma o corte de la pista de aterrizaje del aeropuerto local –bajo el gobierno de Alfonsín, en el marco de la lucha contra el plan Houston de concesiones hidrocarburíferas– entre otras acciones. Antes de eso, se registra la participación activa en la lucha contra el Plan Larkin de racionalización ferroviaria bajo el gobierno de Frondizi, donde aparecen las mismas prácticas recientes de virtual pase a la clandestinidad de activistas perseguidos que se refugian en el monte, amenazados en ese entonces por la militarización del servicio y en los '90s por la figura penal de “subversión”. ¿Cómo acceder a estas tradicio-





nes de lucha si se decidió de antemano que se trata de comunidades conservadoras y satisfechas por un Estado de bienestar? Si evitamos esto último, salen a la luz prácticas y tradiciones obreras significativas que nutrieron al movimiento de trabajadores de desocupados local, vivas en la memoria, como pude constatar –y en la acción–, de diversos protagonistas de las luchas recientes.

Ahora bien: las puebladas que se registraron entre 1997 y 2001 tuvieron una configuración policlasista. La primera evidenció ese carácter desde el inicio movilizándolo al conjunto de las comunidades; en las otras se destaca el modo en que la población en general reaccionó frente a la represión de los desocupados que cortaban la ruta. No es tan frecuente registrar respuestas de tamaña envergadura, en donde existe un sólido consenso general capaz de habilitar a que miles de personas desafíen a tropas armadas nacionales y provinciales que habían desalojado a los piqueteros y las fuercen, después de chocar con ellas, a retirarse. Esto se explica en parte por la extensión de la crisis socioeconómica y por el hecho de que en estas comunidades relativamente pequeñas el desocupado frecuentemente es un familiar o un conocido. Pero hay más.

Algo que puede verse en las declaraciones de los manifestantes y en los pliegos de reivindicaciones es la presencia de un componente identitario regional, en tensión con las referencias nacional y especialmente, provincial. Tartagal y Mosconi concentran la mitad de la población del departamento San Martín. Con Tartagal como cabecera desde su creación formal en 1948, se trata de la mayor zona petrolera de Salta. En las principales protestas, a las que se sumaron el resto de las localidades del distrito, aparece una defensa cerrada del departamento; se lo percibe perjudicado de conjunto por las políticas impulsadas desde la nación y la provincia y se exigen soluciones para la región, que no llegan. Así las cosas, en el contexto de la pueblada de mayo de 2000, se llegó a plantear la independencia del departamento de la provincia de Salta. El punto alcanzó a figurar en el borrador del pliego de reivindicaciones elaborado por una asamblea popular con representantes de todas las localidades

de la zona, que afortunadamente llegó a mis manos. En la versión final del petitorio el punto se omitió, tal vez por considerar que el reclamo no era factible, pero la cuestión llegó a tener consenso, como pude corroborar en distintas entrevistas. ¿De dónde provenía ese componente identitario tan potente, capaz de llegar a plantear la separación política de la provincia? El análisis de las reivindicaciones de una pueblada a otra reveló que los reclamos de reparación histórica de la zona eran tan reiterados como su falta de implementación. Resulta que a pesar de ser el mayor productor hidrocarburífero de Salta, el departamento San Martín presentaba elevados índices de carencias sociales y de infraestructura, mayores a las medias provinciales. Estas carencias diferenciales no estaban relacionadas con las políticas de los años '90, sino que, como mostraron los datos censales, eran preexistentes. En efecto, antes de las contrarreformas neoliberales, la población con insatisfacción de las necesidades básicas se ubicaba en torno al 50% y las viviendas consideradas oficialmente deficitarias alcanzaban el 60%. El análisis de las estadísticas previas al impacto de la privatización de YPF, cruzado con la información obtenida en diversas entrevistas, revelaba que la idea de un estado benefactor en la zona era un mito, que en el contexto abierto por las consecuencias sociales del neoliberalismo encontró tierra fértil para crecer.

Más allá del mito, el departamento San Martín mostraba –muestra– un subdesarrollo histórico con respecto a la provincia, hecho que se asocia al particular manejo de los recursos por parte de la oligarquía salteña y que puede considerarse un verdadero colonialismo interno regional. Teniendo esto en cuenta, la fuerte identidad local construida en oposición al poder político provincial que se apropiaba de los recursos de la zona empieza a entenderse mejor.

¿Pero bajo qué circunstancias se forjó este particular componente identitario que operó favoreciendo la identificación de la explotación y la consiguiente confrontación? El estudio que llevé adelante llegó a mostrar que tanto ese colonialismo interno como el particular componente identitario local se remontan a la configuración misma de la zona como un en-





clave petrolero y maderero entre la segunda mitad de los años '20 y mediados de los '30. Es más, los reclamos y las luchas que se desarrollaron en ese período formativo guardan un sorprendente paralelismo con los formulados al calor de las puebladas y asambleas de la historia reciente. Las reivindicaciones asociadas a falta de infraestructura, salud, educación, derechos laborales y condiciones comerciales, reiteradas en las últimas grandes protestas, aparecen ya hacia mediados de la década del '30 impulsadas por el Centro Comercial de la época, cuando un proceso de luchas, que incluyó la Asamblea Popular como formato organizativo, derivó en la formulación de un planteo independentista similar al de los últimos tiempos. A esta altura, resulta claro que la idea de que se trató de pueblos tranquilos y conservadores hasta los '90s, debe ser desechada de plano, también la que supuso que las asambleas populares constituyeron nuevas formas de organización y protesta. El formato ha sido promocionado hasta el hartazgo por las diversas vertientes de la izquierda, por lo que el investigador debería intuir la posibilidad de su desarrollo si hay indicios de la presencia de un activismo cuya propia razón de ser es la extensión de la lucha social y política. Siguiendo estas pistas, logré dar con un periódico bastante singular, publicado durante los primeros años '30 en Tartagal. Los problemas regionales ocupaban un lugar central en las páginas de *La Frontera*, que sin embargo reservaba espacio para la reivindicar el 1° de mayo como día de lucha de los trabajadores, promocionar el esperanto y alternar alusiones positivas a la Unión Soviética con otras del mismo signo referidas a figuras como Mikhail Bakunin. La cuestión es que este semanario presumiblemente anarco-bolchevique —una rareza para la época y el lugar, supuestamente—, a la sazón el único medio de comunicación local, alentó y jugó un papel relevante en el proceso de luchas que derivó en la convocatoria de la que parece haber sido la primera asamblea popular de Tartagal en 1936.

El entramado del fragmento de la red que intentamos reconstruir ya se muestra más denso —e interesante—. En las grandes protestas del norte de Salta se hicieron presentes al menos dos grandes tradiciones de lucha,

que contribuyeron decididamente a su radicalidad y a la extensión. Una, con un carácter de clase bastante definido, nos remite a distintos dirigentes obreros combativos con experiencias sindicales y políticas previas asociadas a la izquierda, que en el contexto del desempleo masivo de los años 90 volcaron su “capital militante” (Poupeau, 2007) a la organización de unos desocupados que mayormente estaban sometidos a esa condición o a formas precarias de contratación antes de la implementación del programa neoliberal. Aquí puede vislumbrarse una auténtica novedad de estas confrontaciones protagonizadas por los desocupados que llamaron la atención del mundo académico: la incorporación a la lucha de amplios contingentes excluidos de los derechos que habían conquistado los trabajadores de YPF y de las demás empresas y organismos estatales, que en la zona incluyen a los ferroviarios, a los trabajadores de la empresa de energía, a los municipales. Conducidos por antiguos activistas combativos, trabajadores informales y subocupados de larga data, que constituyeron alrededor de la mitad de la población económicamente activa aún en los tiempos de oro de YPF, tuvieron sus primeras experiencias de lucha social y política activa. Y esto mismo podría pensarse para buena parte del movimiento de desocupados a nivel nacional.

Pero ese núcleo obrero conformado por estos dos componentes disímiles actuó con el telón de fondo de una dilatada tradición de luchas comunitaria, que se remonta a los primeros tiempos de la conformación moderna de las localidades. Si los desocupados jugaron un papel protagónico se debió probablemente a que su propia condición llevada al extremo en el contexto de los 90s condensaba las postergaciones históricas de la zona. Éstas se vieron compensadas parcialmente y disimuladas por el accionar de YPF, que aseguró sobre todo a partir del peronismo la circulación de recursos a nivel local a través de la erogación de salarios y prestaciones, al punto que se llegó a imaginar la existencia de un Estado de bienestar aunque sólo se garantizaba realmente la satisfacción de las necesidades de la mitad de la población. La otra mitad, sometida por el contrario a un “estado de malestar”, saltó a la palestra junto con las ca-





rencias y postergaciones históricas de la región cuando las compensaciones parciales que habían operado hasta el momento se esfumaron. Lo que muestran una y otra vez los petitorios de los manifestantes, son reclamos específicos de los desocupados entre otros que actualizaban las reivindicaciones históricas de la zona, ignoradas largamente por el poder político provincial y nacional. Las tradiciones de lucha se entrelazan y manifiestan continuidades no sólo en el nivel discursivo sino también en el plano de la trayectoria de los sujetos, dando forma a una verdadera red histórica de interacciones y experiencias.

Un ejemplo específico servirá para ilustrar lo anterior. En última pueblada que se produjo en la zona, la de Mosconi de junio de 2001, se registraron fuertes choques entre los manifestantes y las tropas de Gendarmería, enviadas por el gobierno nacional para terminar con el corte de la ruta n° 34, de la mano de una campaña que pretendía instalar la idea de un brote subversivo en el norte de Salta. Los gendarmes desataron una represión descontrolada que terminó con numerosos heridos entre ellos mismos y los manifestantes, además de matar a dos pobladores que no participaban directamente en las protestas, lo que contribuyó a generalizar el repudio de la población. Hasta aquí, una escena repetida en diversas confrontaciones de este tipo. Todos los heridos iban a ser derivados lógicamente al principal hospital de la zona. Y en este punto la cuestión asume un rumbo singular. Según la información disponible, en solidaridad con los manifestantes, el personal del Hospital de Tartagal se negó a atender a los gendarmes, que fueron derivados a Orán, a unos 130 km de distancia. El jefe de Gendarmería denunció al subdirector a cargo del Hospital por el incidente; éste rechazó la acusación argumentando que la propia Gendarmería no había recurrido al Hospital por el previsible repudio que su presencia hubiese generado. La actitud del personal sanitario en general puede explicarse recurriendo al componente identitario local, los gendarmes habían atacado a quienes defendían los intereses comunitarios, por lo tanto eran visualizados como enemigos o al menos enviados de éstos. Sin embargo, las conexiones que se pueden

establecer no se detienen aquí. El subdirector había sido dos años antes candidato a intendente por el Partido Obrero (PO), agrupación que impulsaba enérgicamente los reclamos de la zona y las luchas de los desocupados, de hecho, una de las primeras organizaciones de desocupados de Tartagal, la CTD, estuvo asociada al PO. Su principal dirigente fue un militante formado previamente en el Partido Comunista (PC), corriente que tuvo una intervención continuada y relevante en distintos conflictos de la zona desde la década de 1950, al punto que la actuación de sus referentes es reivindicada por activistas recientes y pobladores nunca vinculados a esa tendencia política. Pero además, el subdirector del Hospital resultó ser nieto del fundador del periódico *La Frontera*, asociado al anarquismo en los años 30 y promotor de las luchas comunitarias de entonces, incluyendo las de obreros, comerciantes y pobladores en general.

La red que emerge de las conexiones establecidas arriba ilustra la puesta en movimiento por parte de los actores de unas tradiciones de lucha que en otro escenario podían desempeñar otro papel o tal vez ninguno. En este sentido, además de los elementos sincrónicos y/o estructurales, no basta con establecer la existencia de tradiciones de lucha para explicar la producción de eventos de masas. Es preciso que determinados sujetos las encarnen, las hagan suyas, las pongan en movimiento. Y esto último no puede suponerse sólo porque han existido en el pasado, es su propia actualización la que las hace existir como tales en el presente. Tenemos que considerar pues, esta mediación adicional. Antes de conceder lo que le toque a la novedad en el caso de los eventos de masas, la cuestión que sigue planteando, como señaló Thompson (1989), es la de establecer cuáles son los elementos del pasado que se precipitan en los nuevos contextos. Allí nos aguardan, siempre que los actores del presente las pongan en movimiento, las tradiciones de lucha.



Palabras finales

Si atendemos a las luchas sociales no con el cristal de una teoría en particular, sino con verdadera atención, puede apreciarse la justeza de aquella famosa observación de Marx, según la cual el cerebro de los vivos se encuentra oprimido por la tradición de todas las generaciones pasadas. Las tradiciones de lucha se manifiestan como un pasado presente; de modo inverso, el historiador o el científico social procura seguir hacia el pasado y desentrañar esas tradiciones a partir de sus inquietudes, que florecen en su propio tiempo. Así, el cerebro del estudioso también está oprimido, en este caso por los problemas del presente (y por sus obsesiones particulares). De ahí la famosa sentencia de Croce a propósito de que toda historia es historia contemporánea. Aun así, puede pensarse que existen distintos niveles de opresión, que resultan inversamente proporcionales a los grados de riqueza y complejidad de la realidad a los que se puede acceder. Cuando los niveles de opresión son elevados, el investigador encontrará –como se sabe ocurre en incontables casos– los resultados que ya esperaba y que estaban determinados por su estrecho ángulo de visión. Y cuanto más desprejuiciada y libre sea la mirada, más rica, mediada y sutil será la realidad que se descubre en la indagación. Sobre esta base es posible hurgar y eventualmente descubrir datos relevantes inadvertidos, capaces de conectar los discursos y acciones de los actores no sólo con la realidad que los rodea, sino también con la realidad pasada que los alimenta.

¿En torno a qué tradiciones debemos indagar para dar cuenta de la emergencia del movimiento piquetero y las rebeliones populares en historia argentina reciente? Vale la pena recordar que una pregunta semejante sólo puede responderse a partir de los avances de la propia investigación; si me detuve en un caso aquí, fue para intentar mostrar las complejidades inherentes y esbozar la riqueza del proceso histórico involucrado. Claramente, es preciso conocer qué características tienen los sujetos que intervinieron, no qué características estructurales, de modo de

poder asignarles la tradición que les correspondería teóricamente, sino qué características concretas, específicas. Indagar en torno a las trayectorias de los protagonistas nos da una pista –un indicio, diría Ginzburg– para iniciar ese viaje al pasado. Semejante viaje no está exento de riesgos, posiblemente más de los que no dejan de presentarse, a pesar de todo, en una investigación predominantemente sincrónica. Los lazos que conectan a los acontecimientos contemporáneos entre sí parecen más evidentes, aunque muchas veces se basan en las deducciones que realizamos los investigadores a partir de determinado marco teórico más que en conexiones realmente existentes. En este sentido, antes que privilegiar *a priori* el ángulo de las oportunidades políticas, de la identidad, de la estructura o de la agencia, sería saludable asumir la perspectiva del anarquismo epistemológico de plantea Feyerabend: cualquier combinación de métodos y enfoques puede resultar fructífera y no es posible saber de antemano cuál será la más pertinente para hacer avanzar la investigación. Y es así como la red de interacciones pasadas y presentes que rodea a unos actores tradicionalmente desdibujados como los desocupados, puede vislumbrarse mejor.

En esta fascinante encrucijada que son las tradiciones de lucha, donde convergen pasado y presente –también en cualquier otra–, es preciso terminar de asumir los estudios sociales como un discurso incompleto sobre los hechos, sabiendo que la multitud de elementos que interactuaron para producir los acontecimientos es tan inabarcable como necesaria para que el resultado haya sido el que fue. Se trata de renunciar a la imagen, tan tranquilizadora como falsa, de infinitos paralelogramos de fuerzas que se anulan entre sí y habilitan el descarte de las variables poco conocidas, de las que se supone no juegan un papel relevante y de las desconocidas, cual mano invisible que garantiza el equilibrio del desarrollo social. Es que justamente las tres últimas no son sólo las más interesantes, sino también las que nos pueden dar las mejores pistas de las novedades que al introducirse en las tradiciones de lucha –y en el proceso histórico en general– las modifican y las siguen produciendo.



Bibliografía

Benclowicz, J. (2011a). "Repensando los orígenes del movimiento piquetero. Miseria y experiencias de lucha antes de las contrarreformas de la década de 1990 en el norte argentino". *Latin American Research Review* 46 (2), pp. 79-103.

_____ (2011b). "Continuities, scope and limitations of the Argentine picket movement", *Latin American Perspectives*, 38 (1), pp. 74-87.

_____ (2013). *Estado de malestar y tradiciones de lucha. Genealogía del movimiento piquetero de Tartagal-Mosconi*. Buenos Aires: Biblos.

Bourdieu, P. (1999). *Contrafuegos*. Barcelona: Anagrama.

Butterfield, H. (1965), *The Whig interpretation of History*, Norton, Nueva York.

Carr, E. (1984). *¿Qué es la historia?* Barcelona: Ariel.

Engels, F. "Carta a José Bloch" (1890), en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras Escogidas*, Progreso, Moscú, 1974, T. III.

Feyerabend, P. (1984). *Adiós a la razón*, Madrid, Tecnos.

Ginzburg, C. (1999). *Mitos emblemas e indicios*. Barcelona: Gedisa.

_____ (2007). "Reflexiones sobre una hipótesis: el paradigma indiciario, veinticinco años después". *Contrahistorias* 7, pp. 7-18.

Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial

Lenin, V. (1987). "La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo" (1920) en *Obras escogidas*, Progreso, Moscú.

Oved, I. (1978). *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*. México: Siglo XXI.

Pianetto, O. (1984). "Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina, 1890-1922". *Desarrollo Económico* 94 (24), pp. 297-307.

Poupeau, F. (2007). "El capital militante: intento de definición". En *Dominación y movilizaciones*. Córdoba: Ferreyra Editor.

Rosanvallon, P. (1995). *La nueva cuestión social. Repensar el Estado providencia*. Buenos Aires: Manantial.

Thompson, E. P. (1981). *Miseria de la teoría*. Barcelona: Crítica

_____ (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.

_____ (1995). "La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII". En *Costumbres en común* (pp. 213-293) Barcelona: Crítica.

Van der Linden, M. (2019). *Trabajadores y trabajadoras del mundo. Ensayos para una historia global del trabajo*. Buenos Aires: Imago Mundi/CEHTI.

Womack, J. (2007). *Posición Estratégica y Fuerza obrera. Hacia una nueva historia de los movimientos obreros*. México: Fondo de Cultura Económica.

